



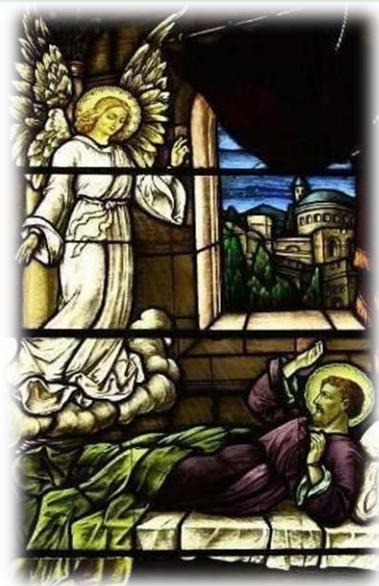
Lectura del santo Evangelio según san Mateo 1, 18-24

Cristo vino al mundo de la siguiente manera: Estando María, su madre, desposada con José, y antes de que vivieran juntos, sucedió que ella, por obra del Espíritu Santo, estaba esperando un hijo. José, su esposo, que era hombre justo, no queriendo ponerla en evidencia, pensó dejarla en secreto.

Mientras pensaba en estas cosas, un ángel del Señor le dijo en sueños: "José, hijo de David, no dudes en recibir en tu casa a María, tu esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta Isaías: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros.

Cuando José despertó de aquel sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a su esposa.



Celebramos el **domingo cuarto de Adviento**. Ya está muy cerca la Navidad. Por eso la liturgia nos invita a que nos centremos en el misterio de la Virgen Madre, a punto de dar a luz, y en San José, el testigo silencioso y privilegiado de este misterio escondido en Dios, que se nos ha manifestado en la carne. Los textos nos invitan a hacer oración con San José. Como padre virginal de Jesús, nos enseña de manera eminente a **recibir al Niño con corazón limpio** y a adorarle con profunda **humildad de corazón**.

JOSÉ ACTÚA COMO LE HABÍA ENCOMENDADO EL ÁNGEL (Benedicto XVI)

En este cuarto domingo de Adviento el evangelio de san Mateo narra cómo sucedió el nacimiento de Jesús situándose desde el punto de vista de san José. Él era el prometido de María, la cual «antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18). El Hijo de Dios, realizando una antigua profecía (cf. Is 7, 14), se hace hombre en el seno de una virgen, y ese misterio manifiesta a la vez el amor, la sabiduría y el poder de Dios a favor de la humanidad herida por el pecado. San José se presenta como hombre «justo», **fiel a la ley de Dios, disponible a cumplir su voluntad**. Por eso entra en el misterio de la Encarnación después de que un ángel del Señor, apareciéndosele en sueños, le anuncia: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20-21). Abandonando el pensamiento de repudiar en secreto a María, la toma consigo, porque ahora sus ojos ven en ella la obra de Dios.

San Ambrosio comenta que «en José se dio la amabilidad y la figura del justo, para hacer más digna su calidad de testigo». Él —prosigue san Ambrosio— «no habría podido contaminar el templo del Espíritu Santo, la Madre del Señor, el seno fecundado por el misterio». A pesar de haber experimentado turbación, José actúa «como le había ordenado el ángel del Señor», seguro de hacer lo que debía. También poniendo el nombre de «Jesús» a ese Niño que rige todo el universo, él se inserta en el grupo de los **servidores humildes y fieles**, parecido a los ángeles y a los profetas, parecido a los mártires y a los apóstoles, como cantan antiguos himnos orientales.

San José anuncia los prodigios del Señor, dando testimonio de la virginidad de María, de la acción gratuita de Dios, y custodiando la vida terrena del Mesías. Veneremos, por tanto, al padre legal de Jesús (cf. CIC 532), porque en él se perfila el hombre nuevo, que mira con fe y valentía al futuro, **no sigue su propio proyecto, sino que se confía totalmente a la infinita misericordia de Aquel que realiza las profecías y abre el tiempo de la salvación.**

JESÚS NACERÁ DE LA VIRGEN MARÍA (Manuel Garrido Bonaño)

El hecho más claro de toda la historia de la salvación es que el Redentor nos ha venido por María. Él ha sido, en su condición humana, **el ser más íntegramente mariano que ha existido.** Comenta San Agustín:

«¿Cómo aparece en una Virgen tal Palabra?... Los ángeles son algo realmente grande, no algo sin importancia. Y sin embargo, ellos adoran la carne de Cristo, sentada a la derecha del Padre. Ésta es obra, sobre todo, del Espíritu Santo. En relación a esta obra, su nombre aparece cuando el ángel anunció a la santa Virgen el Hijo que iba a nacer. Ella se había propuesto guardar virginidad, y su marido era el guardián de su pudor, antes que destructor del mismo; mejor, no era *guardián*, puesto que esto quedaba para Dios, sino **testigo de su pudor virginal**, para que su embarazo no se atribuyese a adulterio.

«Cuando el ángel le dio el anuncio, dijo: *«¿Cómo puede ser esto, si yo no conozco varón?»* Si hubiese tenido intención de conocerlo, no le hubiera causado extrañeza. Tal extrañeza es la prueba de su propósito... Y el ángel le respondió: *«El Espíritu Santo descenderá sobre ti»*».

“LA SEÑAL CON LA QUE DIOS CAMBIÓ LA HISTORIA” (Julio Alonso Ampuero)

«*El Señor por su cuenta os dará una señal*». En la inminencia ya de la Navidad, la Iglesia quiere centrar más y más nuestra mirada y nuestro deseo en Cristo que viene. Con las palabras del profeta nos recuerda que Cristo es el signo que Dios nos ha dado. Esperamos signos de que el mundo cambia, de que las cosas mejoran. Pero Dios nos da un único signo: Cristo Salvador. **Él es la respuesta a todos los interrogantes, la solución a todos los problemas.** Cristo nos basta. Sólo hace falta que le acojamos sin condiciones. **Si creemos firmemente en Él y le dejamos entrar en nuestra vida, Él hará lo demás, «Él salvará a su pueblo de los pecados»** (evangelio)

«*La Virgen está encinta y da a luz a un hijo*». María está en el centro de la liturgia de este domingo. Cristo nos es dado a través de ella. Gracias a ella tenemos al Emmanuel, al «Dios-con-nosotros».

Para darlo al mundo, primero lo ha recibido. La vida de la Virgen no es llamativa en actividades exteriores. Al contrario, **su vida fue totalmente sencilla.** Y, sin embargo, ella está en el centro de la historia. Con ella la historia ha cambiado de rumbo. Al recibir a Cristo y darlo al mundo, todo ha cambiado.

Nuestra vida está llamada a ser tan sencilla y a la vez tan grande como la de María. No hemos de discurrir grandes planes complicados. **Basta que recibamos del todo a Cristo y nos entreguemos plenamente a Él.** Entonces podremos dar a luz a Cristo para los demás y el mundo tendrá salvación.

MARÍA EN LA PENUMBRA (Hans Urs von Balthasar)

Finalmente aparece en el evangelio María, **la puerta por la que Dios quiere entrar en el mundo.** «Resultó que ella esperaba un hijo», antes de haber hecho vida marital con José, el hombre con el que estaba desposada. María es el **receptáculo del silencio.** No le toca a ella desvelar el acontecimiento silencioso que ha tenido lugar entre ella y el Espíritu Santo. José, en cuya casa ella todavía no habita, lo nota. ¿Cómo podrían no haberlo notado también otros?

Las murmuraciones son inevitables, pero ella no puede hacer nada para acallarlas. La gente, como dice el evangelio, ve al Niño como un hijo de José. Pero hay algo extraño en este Niño. **Dios tiene tiempo, no tiene prisa;** decenios más tarde los evangelios arrojarán luz sobre el misterio. Tampoco José lo ve claro al principio, está profundamente turbado: ¿cómo podría él hacerse a la idea de que es el mismo Dios el que viene a través de su esposa? El silencio de María hace que José decida repudiarla en secreto. Pero con ello la condenaría a la deshonra. Con bastante retraso, se le aclara el misterio y se le invita a recibir a María en su casa. **Dios tiene tiempo, no tiene prisa.**

LA PRUEBA DE SAN JOSÉ (Gasnier)

La "Prueba" que Dios pone a José indica la predilección de Dios por él. Y **la manera como él y la Virgen responden indican cierta plenitud de perfección en la humildad y en la pureza**

Pongámonos en la situación de José: María ha llegado de visitar a su prima. José esperaba ansioso. La acoge desbordante de un gozo que le impide reparar en su estado... pero los signos de la maternidad están ya... la gente le empezaría a felicitar...

¿Dudó de la virtud de María? Bastantes Padres de la Iglesia así lo creen: San Justino, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín...

Nosotros pensamos que no, pues nos repugna imaginar que la virginidad de María fuese puesta en entredicho, incluso fugitivamente, en el espíritu de José. Preferimos, con mucho, la opinión de San Jerónimo: «**José, sabedor de la virtud de María, rodeó de silencio el misterio que ignoraba**».

¿Cómo iba a dudar de la inocencia de María? ¿Cómo iba a creerla culpable de esa debilidad? Rechazaría tal pensamiento como un crimen. Habría creído más fácilmente a quien le hubiera dicho que las aguas del Jordán corrían hacia su fuente o que el monte Hermón había desaparecido.

La inocencia de María era patente en todas sus palabras, en todos sus gestos. Seguía siendo igual de cándida, igual de sencilla... Continuaba realizando sus tareas habituales con la misma dedicación, sin artificio ni duplicidad. Ninguna inquietud, ningún gesto equívoco, rompía la serenidad de su sonrisa o la pureza de su semblante. Cuando se acercaba a él, le miraba con sus ojos profundos, más llenos que nunca de amor y de lealtad, y le tendía las manos con su naturalidad habitual... No, no es una culpable la que tiene ante él. Además, ¿no le ha hecho partícipe de su voto de virginidad?...

Pero ¿por qué no le dice nada? ¿Por qué calla? ¿No tiene acaso derecho a saber la verdad? María, con una sola palabra, hubiera podido tranquilizar e inundar de gozo al angustiado José. Si no lo hizo, fue porque no había recibido el mandato de descubrir el secreto del Rey. Pensaría que era conveniente que, por delicadeza, no hiciera ella tal confidencia a su esposo, y **esperaría, llena de confianza, que Dios hablara a José.**

Y mientras esperaba, rezaría y se abandonaría, en manos de la Sabiduría infinita. Este abandono no impedía que sufriera. **Si guardaba silencio era porque tenía una fe heroica, no porque fuera indiferente.** Veía la profundísima angustia que atenazaba a su esposo y la sentía como propia, viviendo así su primer misterio doloroso. Observaba en su frente arrugada, en sus rasgos afilados y ensombrecidos, una especie de desesperación tanto más profunda cuanto que no podía compartirla con nadie. Sus ojos estaban enfebrecidos y fatigados, y ella adivinaba que debía estar pasando horribles noches en vela. Le veía ir a su trabajo como a rastras y, sin embargo, continuaba guardando silencio, aceptando la idea atroz de que José alimentase sospechas sobre esa virginidad que él santamente había respetado.

De hecho, en el alma de José se desarrollaba un dramático combate. **Dios no ha puesto jamás en una situación como aquella a un alma superior en santidad y amada por Él con amor de predilección.**

Durante noches y días tuvo que luchar con aquel enigma irresoluble, dándole vueltas y más vueltas. Cada hora que pasaba estrechaba más y más el lazo que apretaba su corazón...

Así pues, sólo una cosa podía hacer, incluso a riesgo de difamarse él mismo. Una cosa con la que creía salvaguardar al mismo tiempo el honor de María y la obediencia a la Ley: se separaría de su prometida no por despecho, sino para respetar un misterio que no le estaba permitido desentrañar. No tendría más remedio que abandonarla...

ES EL SANTO DE LAS TRES A: ASOMBRO, ADORACIÓN, ABANDONO (P. Morales)

El **asombro** creciente ante la elección divina, siendo él nada y nacido en pecado, le va llevando, cada día más, a una adoración más intensa. **Desaparecía anonadándose**. Se abismaba ante la belleza, la grandeza y la sencillez inmensa de un Dios Niño meciéndose en brazos de una Virgen Madre. Desfallecía San José en un silencio lleno, profundo... Ese silencio que alaba la majestad de Dios, *silentium Tibi laus* (Sal 65). Y, como no podía adorar a Dios con la plenitud que deseaba, "rogaba a los ángeles y suplicaba a la Virgen, su Esposa, le diesen por él alabanzas a Dios y le alcanzasen gracia para conocer y agradecer tales mercedes, que sobrepujaban sus merecimientos" (S. Juan de Ávila).

Asombro y adoración le conducían al abandono. Desaparecer amando, en todo y siempre, sólo la voluntad de Dios. Se deja llevar en lo más insignificante, confía hasta la audacia. Canta sin cansarse: "No quiero saber, no quiero entender, no quiero ver ni sentir. Sólo sé una verdad, y ésa me hace feliz. Dios es Amor, Dios es Poder, suma Bondad, sumo Entender". Miraba a la Virgen y repetía, abandonándose con Ella: "Aquí está el esclavo del Señor; hágase en mí según tu palabra".

Adoraba a Jesús con fe creciente, y contemplaba más y más la humildad y caridad de la Virgen. "Cuando consideraba que era Madre de Dios, se le agotaba el juicio. Salía de sí con admiración, y el corazón no le cabía en el cuerpo. La ternura y las lágrimas no le dejaban hablar. Daba alabanzas a Dios, que lo había tomado por marido de la Virgen, y **se le ofrecía por esclavo**" (S. Juan de Ávila).

Es el santo de las tres "A". **Asombro, adoración, abandono.** Te enseña a vivirlas. Sigue siendo Padre de Jesús en mi alma. "Los primeros misterios de la salvación de los hombres, los confiaste, Dios Todopoderoso, a la fiel custodia de San José", nos dice la liturgia. Cada uno de nosotros somos Iglesia, pero no podemos sin la oración "conservar fielmente estos misterios y llevarlos a su plenitud" (Oración de la misa).

ORACIÓN DE ADVIENTO A LA INMACULADA

Inmaculada Madre de Dios: En la soledad de Nazaret, a solas con tu Tesoro... Adoras, amas, esperas... Él en tu sagrario virginal... Tus manos juntas en plegaria... Un ardor divino da a tus latidos ritmo para dos corazones... Flor de pureza, fragancia de lirio, amor intacto... Contigo estoy solo, y espero... Madre muda del Verbo que calla, enséñame a desaparecer amando.

Aurora que anuncia el día. Toda la tierra espera el Fruto Deseado... Pétalos de corola estremecida, tus entrañas virginales... Dios te salve, María... Intercede por la Iglesia... Salva al mundo... Compadécete de la juventud... Ruega por mí... Engendras a UNO solo y te haces Madre de la multitud. Madre de la Unidad, intercede por nosotros.

Santa María del Adviento: Junto a Ti, en el Nazaret de la vida oculta... Estudio, oración, entrega, trabajo, olvido... Granos de incienso, silencio amoroso... A todo lo que Él quiera, responderé cantando como Tú: HÁGASE... Música callada, soledad sonora... Divino silencio, preludio de eterna armonía... Escucharé la Voz que clama en el desierto... Me anonadé tomando forma de siervo... He venido, Padre, a hacer Tu Voluntad... Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Único... Y el Verbo se hizo carne...